

“XVIII. Sobre la lengua pericú de la Baja California”

p. 285-298

Miguel León-Portilla

Obras de Miguel León-Portilla
Tomo VI. Lingüística

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio Nacional

2010

340 p.

Figuras

ISBN 968-36-9538-8 (obra completa)

ISBN 978-607-7630-53-1 (tomo VI, pasta dura)

ISBN 978-607-7630-52-4 (tomo VI, rústica)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de junio de 2020

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras_leon_portilla/545.html!](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras_leon_portilla/545.html)



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



XVIII. SOBRE LA LENGUA PERICÚ DE LA BAJA CALIFORNIA *

Pocos son los estudios publicados sobre las lenguas indígenas de la península de California. Como es sabido, desde fines del siglo XVIII, entraron en proceso de extinción las poblaciones nativas que las hablaban. Única excepción son algunos pequeños grupos que hoy subsisten en el extremo norte —en conjunto cerca de seiscientas personas— cuyos idiomas pertenecen a la familia yumana: los paipais, tipais, quiliwas y, más alejados, los cucupás del delta del río Colorado.

El caso de las lenguas de estos últimos grupos difiere por completo del de aquellas otras cuyos hablantes han desaparecido. En tanto que respecto de las primeras se siguen realizando investigaciones etnolingüísticas,¹ por lo que toca a las segundas la única información asequible es de carácter estrictamente documental. En otras palabras, tan sólo acudiendo a testimonios incluidos en crónicas, informes y en otros textos, provenientes sobre todo del periodo misional, es como puede llegar a conocerse algo sobre dichos idiomas.²

* *Anales de Antropología*, UNAM, Instituto de Investigaciones Antropológicas, v. 13, 1976, p. 67-101.

¹ Como ejemplo de tales investigaciones pueden citarse las siguientes: James M. Crawford, *The Cocopa Language*, Unpublished Ph. D. Dissertation, University of California, Berkeley, 1949. Carlos Robles Uribe, "Investigación lingüística sobre los grupos indígenas del Estado de Baja California", *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, México, 1965, t. XVII, n. 46, p. 275-301. Jesús Ángel Ochoa Zazueta, "Los cucupá del Mayor indígena", *Boletín del Departamento de Antropología Social*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1973, v. I, p. 17-43.

² Las referencias de tema lingüístico son frecuentes en las crónicas, informes y cartas —muchas hasta hoy inéditas— de la mayor parte de los misioneros, sobre todo jesuitas, que laboraron en la península. Exposiciones algo más amplias sobre las lenguas de California se encuentran en las obras que a continuación se mencionan. Respecto del cochimi (yumano peninsular): Miguel del Barco, *Historia natural y crónica de la antigua California*, edición de Miguel León-Portilla, México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1973, p. 223-229. Francisco Xavier Clavijero, *Historia de la Antigua o Baja California*, edición de Miguel León-Portilla, México, Editorial Porrúa, 1970, p. 48-51 y 241. *Ducrue's Account of the Expulsion of the Jesuits from Lower California*, edición de Ernest J. Burrus, S. J., Roma, Jesuit Historical Institute, 1967, p. 136-139. Albert S. Gatschet, "Der Yuma Sprachstamm", *Zeitschrift für Ethnologie* 9, Berlin, 1877, p. 385-403. Respecto del guay-



Los escasos investigadores que, con apoyo en tal documentación, se han ocupado de las lenguas extintas de la California peninsular, han tenido que restringir por necesidad sus aportaciones, proporcionando referencias y descripciones muy limitadas. Más aún, dada la imprecisión de algunos de los testimonios consultados, los intentos mismos de clasificación hasta ahora presentados mantienen en diversos aspectos el carácter de hipotéticos.

De manera general ha podido afirmarse acerca de dichas lenguas que, desde la región del antiguo puerto y presidio de Loreto hacia el norte, los distintos idiomas hablados —conocidos genéricamente como “lengua cochimi”— constituían variantes de la llamada por William C. Massey “familia yumana peninsular”.³ En cambio, tratándose ya de las lenguas antiguamente habladas al sur de Loreto, los pocos investigadores que han consultado con cierta amplitud las fuentes documentales, mantienen considerables reservas sobre las posibles relaciones de las mismas entre sí o con algún otro idioma de dentro o fuera del ámbito californiano. Tradicionalmente se había aceptado que los idiomas y dialectos que se hablaron al sur de la región de Loreto formaban parte de dos troncos o familias distintas: la guaycura, hasta aproximadamente los 23 y medio grados de latitud norte, y la pericú, desde allí hasta el extremo sur, abarcando además las islas de Cerralvo, Espíritu Santo y San José.⁴

En tiempos más recientes, sin embargo, los trabajos realizados por el ya citado William C. Massey —tomados en cuenta por otros investigadores— han llevado a pensar que, desde el sur de la región de Loreto hasta el extremo meridional de la península, fue uno solo el tronco lingüístico — el guaycura— que dio lugar a un cierto número de lenguas y variantes dialectales.⁵

Para establecer su clasificación, el propio Massey, que ha sido quien, entre los investigadores recientes, ha penetrado más en el asunto, se

cura: Juan Jacobo Baegert, *Noticias de la península americana de California*, México, Antigua Librería Robredo, 1942, pp. 129-140.

³ William C. Massey, “Tribes and Languages of Baja California”, *Southwestern Journal of Anthropology*, The University of New Mexico Press, v. 2, n. 3, Autumn, 1949, p. 274 y 295-302.

⁴ Véase, por ejemplo, Wigberto Jiménez Moreno y Miguel Othón de Mendizábal, *Mapa lingüístico de Norte y Centro América según los últimos estudios de Swanton, Kroeber y Dixon*, México, Instituto Panamericana de Geografía e Historia, 1937.

⁵ Mauricio Swadesh, sin aceptar tales consideraciones, llegó a describir tanto al guaycura como al pericú, como lenguas hasta ahora sin clasificación. Véase: Mauricio Swadesh, *Mapas de clasificación lingüística de México y las Américas*, México, Cuadernos del Instituto de Investigaciones Históricas, Serie Antropológica, n. 8, 1959, p. 27-31.



valió tanto de los pocos elementos propiamente lingüísticos que se conservan transcritos, como de otras referencias y pareceres de distintos misio-neros jesuitas del siglo XVIII. Cita así, particularmente en su estudio aparecido en 1949, “Tribes and Languages of Baja California”, las obras de autores como Miguel Venegas y Francisco Javier Clavijero (que por cierto nunca estuvieron en la península), así como otros trabajos de Eusebio Francisco Kino, Juan María Salvatierra, Francisco María Piccolo, Sigismundo Taraval, Clemente Guillén, Antonio Baltassar, Fernando Consag, Victoriano Arnés, Wenceslao Linck, Jacabo Baegert y Benno Ducrue.

El aprovechamiento de la información proporcionada por los mencionados jesuitas llevó a Massey a incluir, en su citado artículo de 1949, un cuadro en el que resume sus conclusiones a propósito de la que describe como “familia guaycura”. En dicho cuadro destaca, en tres columnas, cuáles son los grados de mayor parentesco que —a su juicio— cabe percibir en los distintos idiomas o variantes dialectales comprendidas dentro de la familia guaycura. He aquí el cuadro elaborado por Massey:⁶

Familia Guaycura

<i>Guaycura</i>	<i>Huchití</i>	<i>Pericú</i>
Guaycura	Cora	Pericú
Callejue	Huchití	Isleño
	Aripe	
	Periúe	

A modo de cauteloso comentario, expresa Massey a continuación que “un refinamiento o cambio en estas relaciones [lingüísticas] dependerá de la posibilidad de obtener más datos del periodo jesuítico, particularmente de los vocabularios y gramáticas hasta ahora perdidas”.⁷

Mucho más tarde, en otro estudio del propio autor, aparecido en 1966, reafirma éste su anterior punto de vista. A su juicio:

Dos familias lingüísticas están representadas en la península: la yumana y la guaycura. Esta última se habló en el tercio meridional de la península y sus hablantes estaban separados del resto de Norteamérica por pueblos de idioma yumano.

⁶ Massey, *op. cit.*, p. 303.

⁷ Massey, *op. cit.*



Las rancherías o linajes que comprendían los grupos de habla guaycura ocupaban los llanos de la Magdalena y el istmo de La Paz y se conocían como guaycuras y callejús. En la región del Cabo otras dos lenguas eran las que se hablaban: el huchití y el pericú. El grupo más conocido, de los hablantes huchitíes, era el cora, que vivía a lo largo de las costas del Golfo, desde la bahía de La Paz hasta la de Las Palmas [...]. En el extremo sur, abarcando el área cercana al Cabo San Lucas y las islas del Golfo hasta Santa Catalina, estaban los pericúes.⁸

Muy poco es lo que sobre esta materia se ha aportado después de los estudios de Massey. Jiménez Moreno, en un reciente trabajo, intitulado “Las lenguas y culturas indígenas de Baja California”, reiterando que se requieren testimonios más amplios, cree encontrar en datos proporcionados por la arqueología algunas razones para dar cabida a la duda en relación con el agrupamiento que hizo Massey de todas las lenguas del sur de la península como formando parte de la familia guaycura:

La correlación establecida por Massey de estratos lingüístico-arqueológicos, señala como el más antiguo, el guaycura-pericú, pero recuérdese que, mientras de la rama guaycura tenemos información, aunque sea escasa (como la consignada por Baegert), no ocurre lo mismo con la pericú [...]. Sólo se conocen palabras aisladas y meras impresiones anotadas por los evangelizadores y sobre bases precarias se ha postulado esta afinidad de las familias pericú y guaycura fundiéndolas en una sola.

Desde el punto de vista de una más estricta correlación arqueológico-lingüística, la cultura de Las Palmas corresponde, aproximadamente, con la extensión de las ramas huchití-pericú, y no con la de la guaycura, y sería ésta una importante distinción, en lo arqueológico, entre ambas ramas lingüísticas [...].⁹

Aun cuando es posible formular la hipótesis de una correlación entre ciertos vestigios arqueológicos, ausentes en otras áreas, con la presencia de grupos que tuvieron una determinada cultura y eventualmente una lengua distinta, hemos de reconocer que, en el caso que nos ocupa, tal aseve-

⁸ William C. Massey, “Archaeology and Ethnohistory of Baja California”, *Handbook of Middle American Indians*, v. 4, Austin, University of Texas Press, 1966, p. 51-52.

⁹ Wigberto Jiménez Moreno, “Las lenguas y culturas indígenas de Baja California”, *Calafia*, revista de la Universidad Autónoma de Baja California, Mexicali, v. II, n. 5, septiembre 1974, p. 23.

ración contribuiría más que nada a dejar abierta la entrada a la incertidumbre por lo que toca a la filiación lingüística de los pericúes. Por encima de todo importa poder aducir los deseados nuevos testimonios y materiales lingüísticos, únicos capaces de arrojar luz en el problema.

Con esta preocupación hemos hurgado en numerosas fuentes y, si bien tampoco es mucho lo que pudimos reunir, parece de interés ofrecerlo, siquiera como paso preliminar en la cuestión. Creemos, por otra parte, que el asunto lo merece ya que precisamente en torno al origen de los pericúes se han formulado puntos de vista dignos de especial consideración en el contexto de las hipótesis acerca del poblamiento del continente americano. Cabe mencionar aquí al menos lo expresado desde 1909 por Paul Rivet a propósito de una eventual procedencia de los pericúes, por la vía del Océano Pacífico, desde el ámbito de Oceanía.¹⁰

Otros testimonios y materiales lingüísticos en relación con el idioma pericú

Recordemos expresamente que respecto de la lengua guaycura, además de las múltiples alusiones en escritos de distintos misioneros, se conserva la información dada por Juan Jacobo Baegert en el capítulo X de sus *Noticias de la península americana de California*. Allí, tras una serie de consideraciones de carácter general, y de aguda crítica sobre las que conceptúa como limitaciones extremas de dicha lengua, ofrece luego varias muestras de vocabulario que incluyen los nombres de algunas de las partes del cuerpo y

¹⁰ Paul Rivet, sobre la base de una investigación comparativa de carácter antropométrico en restos de pericúes, que actualmente se conservan en el Museo del Hombre, de París, pudo constatar notorias semejanzas con respecto a otros restos óseos del área melanésica en Oceanía. Igualmente pudo determinar grandes similitudes en relación con restos procedentes de Lagoa Santa en Brasil. Entre otras cosas, los cráneos pericúes, al igual que los estudiados y comparados de Melanesia y de Lagoa Santa, son extremadamente dolicocefalos. En el caso particular de la Baja California, los restos pericúes se presentan así con características que los distinguen radicalmente de otros del área de Norteamérica. La hipótesis formulada por Rivet sobre el origen de tales grupos implica la posibilidad de su procedencia a partir del área melanésica de Oceanía. Como expresamente lo indica:

No trataré de explicar cómo las migraciones melanésicas pudieron llegar a las costas de California, sea voluntariamente, sea por obra de las corrientes marinas. Me basta recordar que hechos tan numerosos como indiscutibles han demostrado la posibilidad de esos grandes viajes aun por poblaciones poco civilizadas [...].

Paul Rivet, "Recherches anthropologiques sur la Basse-Californie", *Journal de la Société des Americanistes* de París, v. VI, p. 247.



asimismo un esquema de la conjugación del verbo y algunos textos en guaycura como el Padre nuestro y los doce artículos del Credo.¹¹

Por desgracia no se dispone de una información siquiera equivalente respecto de la lengua pericú. Veamos, en consecuencia, cuáles son los nuevos testimonios y materiales que, en relación con ella, podemos proporcionar aquí. Proviene éstos de fuentes, todas de primera mano, antes no tomadas en consideración, y que pueden distribuirse en dos categorías principales:

- a. Materiales lingüísticos reunidos por navegantes y exploradores del siglo XVII.
- b. Testimonios con información lingüística procedentes del periodo jesuítico.

Atendamos ya a las aportaciones encontradas en uno y otro caso.

Materiales lingüísticos reunidos por navegantes y exploradores del siglo XVII

Debemos a don Pedro Porter y Casanate, que por cierto llegó a recibir el título de Almirante de las Californias, un primer testimonio, de fecha 24 de enero de 1649, que muestra cómo fue preocupación suya reunir vocabularios de las lenguas indígenas habladas por los nativos con quienes se establecía contacto. Expresa Porter y Casanate que, hallándose en la región de Cabo San Lucas, “entendiéndose algunas razones [de los indios] por lo poco aprendido de los pasados viajes [...], con cuidado se notaron y escribieron algunas voces y nombres por la importancia de la misma inteligencia [...]”¹²

Si desgraciadamente desconocemos el vocabulario reunido por disposición de Porter y Casanate, encontramos al menos que otro navegante, de tiempos algo anteriores, Esteban Carbonel de Valenzuela, había dejado ya una primera forma de transcripción de varios vocablos pericúes. Dicho testimonio quedó incluido en la “Relación que dio el piloto Esteban Carbonel al virrey de Nueva España; marqués de Cerralvo, en México, a 30 de

¹¹ Juan Jacobo Baegert, *Noticias de la península americana de California*, versión de Pedro R. Hendrichs, introducción de Paul Kirchhoff, México, Antigua Librería Robredo, 1942, p. 129-140.

¹² “Carta relación de don Pedro Porter Casanate, 24 de enero de 1649”, en *California. II. Documentos para la historia de la explotación comercial de California, 1611-1679*, edición de W. Michael Mathes, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1970, t. II, p. 874.

septiembre de 1632". Gracias a dicha relación conocemos los siguientes vocablos de la lengua pericú, según la hablaban indígenas de la isla del Espíritu Santo. He aquí la lista de voces consignada por Carbonel de Valenzuela:

ípiri: cuchillo
ípirica: hacha
uriuri: andar
utere: sentarse
unoa: "daca aquello"
boox: perla
nacui: concha
itaurigui: capitán¹³

Aun cuando se trata sólo de ocho vocablos, transcritos probablemente a la ligera, hemos de reconocer que, ante la penuria de información, tiene importancia recogerlos como hallazgo sobre la lengua pericú desde la primera mitad del siglo XVII. Otro testimonio, de época algo posterior (1683) debemos al capitán Diego de la Parra, incluido en una carta que dirigió al almirante don Isidro de Atondo y Antillón que — como es sabido — había iniciado nueva exploración en California en compañía nada menos que del padre Eusebio Francisco Kino. En dicha comunicación, aludiendo al reconocimiento, que se le había encomendado, de algunos puntos del sur de la península, es donde proporciona la transcripción de los vocablos pericúes, según hablaban la lengua indígena de las islas del Espíritu Santo y de San José:

eni: agua
boxo: perla¹⁴
aynu: pescado¹⁵

Sibienenestaraquíticalistasonsólodoslosvocablosqueenriquecenala anteriormente recogida, resulta de interés la semejanza en la transcripción

¹³ "Relación que dio el piloto Esteban Carbonel al virrey de Nueva España marqués de Cerralvo, en México, a 30 de septiembre de 1632", *Californiana*, op. cit., t. I, p. 354.

¹⁴ "Carta de Diego de la Parra al almirante Isidro de Atondo y Antillón, 13 de septiembre de 1683", *Californiana*, III. *Documentos para la historia de la transformación colonizadora de California (1679-1686)*, 3 v., edición de W. Michael Mathes, Madrid, José Porrúa Turanzas, 1974, t. II, p. 320 y 322.

¹⁵ Ver *Californiana*, III, t. III, p. 708. Se reitera también allí que la voz *boxoo* se empleaba asimismo en la isla de San José.



del nombre que se repite de *boox* o *boxo*, con que designaban los pericúes a las perlas, tan codiciadas por cuantos penetraban en California.

Tales son las voces pericúes que encontramos en las seguramente toscas transcripciones que nos dejaron estos navegantes y exploradores del siglo XVII. Veamos lo que hasta ahora hemos podido reunir con base en información, en buena parte no tomada antes en cuenta, de misioneros jesuitas del siglo XVIII.

Testimonios y materiales lingüísticos procedentes del periodo jesuítico

Sabido es que la penetración definitiva de los jesuitas en California —iniciada en 1697— no llegó al extremo sur de la península sino hasta 1720. En ese año se fundó la misión de Nuestra Señora del Pilar de La Paz. La entrada a la zona propiamente pericú se demoró un poco más. Santiago, cabecera de la primera misión entre dicho grupo, quedó establecida en 1724 y San José del Cabo en 1730.

Algunos años antes, en 1721, el capitán inglés George Shelvoke a bordo del *Speedwell*, había tocado por cierto la región vecina de Cabo San Lucas, según da testimonio en su obra *A Voyage Round the World by the Way of the Great South Sea*. Curiosamente, junto con la descripción que incluyó ahí acerca de los indígenas de la región visitada (pericúes), expresa el siguiente comentario en relación con su idioma: “su lengua es gutural y dura al oído; hablan mucho entre sí, pero nunca pudimos llegar a entender una sola palabra, de suerte que lo que he dicho no se deriva de lo que les oí hablar, sino de sus acciones [...]”.¹⁶

Fueron los jesuitas quienes, con plena dedicación, habrían de aprender el pericú. Se debe al misionero Ignacio María Nápoli, que visitó la región de Santiago y San José, en el mismo año de 1721, muy poco tiempo después de la estancia allí de Shelvoke, haber notado la diferencia que existía entre el habla de los pericúes y la de otros grupos guaycuras ya más conocidos. Precisamente en la relación que escribió sobre esa primera entrada al sur, consigna otro vocablo pericú, de particular interés porque podrá ser luego comparado con otros términos de igual significación en el guaycura según los datos aportados por el padre Baegert. Dicho término es el de *miñicari*: “cielo”.¹⁷

¹⁶ George Shelvoke, *A Voyage Round the World by the Way of the Great South Sea*, London, 1726, p. 409.

¹⁷ “Relación del padre Ignacio María Nápoli sobre la primera entrada en el sur”, transcripción e introducción de Roberto Ramos, *Memoria del Primer Congreso de Historia Regional*, 2 v., Mexicali, Baja California, 1958, t. I, p. 297.

Iniciada en 1724 la labor misionera en Santiago, por el ya citado padre Nápoli, años más tarde, otro jesuita que también laboró allí durante algún tiempo, el padre Nicolás Tamaral, pasó a fundar la de San José del Cabo. Respecto de la identidad de la lengua que se hablaba en estas dos misiones y asimismo del empeño por el estudio de la misma, da testimonio una carta del padre José de Echeverría al marqués de Villapiente del 12 de julio de 1730. Citamos aquí la porción más pertinente:

Desde el segundo día mi padre Nicolás [Tamaral] comenzó a hacer su oficio de misionero. Ya traía su doctrina escrita desde Santiago en su lengua de ellos. Su indiezuelo paje, ladino intérprete, bien instruido, le ayudaba al catecismo [...].¹⁸

La doctrina redactada en lengua pericú, aprovechando el conocimiento que de ella se tenía en la misión de Santiago, sirvió para las tareas de cristianización entre los indígenas de San José, en el extremo sur de la península. Desafortunadamente ni esa ni otra doctrina o catecismo en pericú han llegado hasta nosotros. Recordaremos, para explicar de algún modo la ausencia de amplios testimonios sobre la lengua pericú que, tras la rebelión de este grupo en 1734-1737, se siguió su constante disminución demográfica y, junto con ello —según lo consignan varios misioneros— un rápido aprendizaje de la lengua castellana por los pericúes sobrevivientes.

Los materiales lingüísticos pericúes que de este periodo han llegado hasta nosotros se reducen así a una mera lista de nombres de lugar y de designación de grupos, individuos y seres míticos ligados con sus antiguas creencias. Comenzando por estos últimos —es decir los nombres de seres sobrenaturales — he aquí la transcripción que de ellos conservó Miguel Venegas:

Niparaya: señor que vive en el cielo e hizo la tierra, el mar y los alimentos.

Anayicoyondi: mujer del anterior.

Quayayayp: hijo de ambos. Vivió entre los hombres y les enseñó muchas cosas.

Tuparan (y también, por otro nombre, *Wac*) fue adversario de Niparaya.

Cucunumic: el que hizo a la luna.

Purutabui (probablemente, *Purutauí*): el que hizo a las estrellas.

Cunúnnici: nombre de “unos cerros colorados que están camino de Santiago”.¹⁹

¹⁸ “Carta del padre José de Echeverría al marqués de Villa Piente, 12 de julio de 1730”, Biblioteca Nacional, Archivo Franciscano 4/55.

¹⁹ Miguel Venegas, *Noticia de la California y de su conquista temporal, y espiritual hasta el tiempo presente*, 3 v., México, 1943, t. I, p. 89-90. (Esta obra, redactada con base en informes enviados por los misioneros que trabajaban en la península, se terminó de escribir en 1739.)



Vocablos de procedencias distintas, varios no tomados hasta ahora en cuenta y en general no reunidos hasta ahora sistemáticamente, son los que a continuación ofrecemos, indicando en cada caso su fuente:

Yenecamú: Cabo San Lucas

Añuiti: San José del Cabo

Aiñini: Santiago

Marinó: Real de Santa Ana²⁰

Anicá: ranchería cerca de Santa Rosa

Puurum: ranchería cerca de Santiago

Chicori: jefe indígena²¹

Cuñini: hechiceros de Santiago

Yunu: ranchería cercana

Arariague: ranchería cercana²²

Además de estos otros diez vocablos pericúes, podría añadirse el locativo *Caduaño*, que hasta la fecha da nombre a un rancho al sur del moderno pueblo de Santiago.

Por lo que toca a otros testimonios dejados por los jesuitas en relación con la lengua pericú, el ya citado William C. Massey ha analizado buena parte de los mismos. Creemos, sin embargo, que importa atender también a lo que, de modo especial, consignó el misionero Miguel del Barco, que pasó cerca de treinta años en California y cuya obra principal había permanecido inédita hasta 1973. En dicho trabajo —concebido para adicionar y enmendar el que habían publicado Miguel Venegas y Marcos Burriel, la *Noticia de la California*, aparecida en Madrid en 1757— se ocupa Barco en diversos lugares de las lenguas que se hablaban en la península. Aunque vivió él principalmente con grupos cochimíes del norte, había pasado también más de un año visitando las diversas misiones entre los distintos grupos del sur. Respecto de los pericúes nos dice, entre otras cosas, lo siguiente:

²⁰ Estos topónimos aparecen registrados en: *Descripción y toponimia de California 1740*, informe atribuido a Esteban Rodríguez Lorenzo, edición y notas de Miguel León-Portilla, La Paz, Baja California, 1974, p. 11-12.

²¹ Véase: Sigismundo Taraval, "Relación acerca de la rebelión indígena en California 1734-1737", publicada en inglés bajo el título de *The Indian Uprising in Lower California 1734-1737*", edición y traducción de Marguerite Eyer Wilbur, Los Angeles, The Quivira Society, 1931, p. 11 y 208.

²² "Carta de Sigismundo Taraval a José de Echeverría, 11 de diciembre de 1730", Archivo General de la Nación, Historia, 308.



Los pericúes habitaban, como queda dicho, la parte más meridional, desde el Cabo de San Lucas por espacio de treinta a treinta y cinco leguas hacia el norte, ocupando la mayor parte del sur. Además de estos pericúes, algunas familias de esta misma nación poblaron algunas islas del golfo, como son las de San José y del Espíritu Santo. Después del territorio de los pericúes (a quienes en la California vulgarmente llaman pericos), se sigue el de la segunda nación, que ocupa todo el terreno que hay hasta Loreto, y aún un poco más adelante. Divídese ésta en huchitíes, coras, aripes, guaycuras y monquis. Las tres primeras nacioncillas (ramas de los guaycuras) tenían su asiento dentro del sur, y se reducía cada una a una sola ranchería. La mayor de ellas era la de los huchitíes, los cuales confinaban con los pericúes [...].²³

Refiriéndose ya más particularmente a la lengua hablada por los pericúes, añade:

En obsequio de la verdad decimos que la nación de los pericúes no se divide ni se ha dividido jamás en las ya dichas nacioncillas ni en otras. Ni los guaycuros, ni los huchitíes ni los coras eran ramas de la nación pericú [...]. Los pericúes son una nación totalmente separada de las dichas naciones, y especialmente de los coras, así en territorio como en lengua, trato y parentesco.²⁴

Otro dato de considerable interés, aportado asimismo por el padre Barco en relación con los pericúes, es el siguiente:

La nación pericú que, por guerras, pestes repetidas y otras enfermedades, ha padecido una muy grande disminución, se conserva en los pueblos de Santiago y San José del Cabo. La mayor parte de esta gente habla ya el castellano y se puede conjeturar que éstos, después de algunos años, dejarán del todo su lengua materna [...].²⁵

Mucho más tarde, hallándose Miguel del Barco en la ciudad de Bolonia, Italia, tras la expulsión de los jesuitas, al escribir al padre Lorenzo Hervás, el célebre lingüista que preparaba entonces su *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas*, proporciona con gran meticulosidad la información que éste le había solicitado respecto a los idiomas de California, reiterando sus anteriores puntos de vista:

²³ Miguel del Barco, *Historia natural y crónica de la antigua California*, p. 173-174.

²⁴ Barco, *op. cit.*, p. 174.

²⁵ Barco, *op. cit.*, p. 176-177.



Por los jesuitas se conocían solamente tres lenguas, muy diversas, en todas las naciones californias, reducidas por ellos a nuestra santa fe. La primera lengua diversa es la pericú, la cual se hablaba desde el Cabo de San Lucas (que se halla a 22 grados de latitud boreal poco más o menos, y forma la extremidad austral de la California), por el espacio de 30 leguas que al principio ocupaba la nación pericú, cuyas principales misiones eran San Joseph (que dista de dicho cabo ocho leguas), y Santiago, que el erudito P. Burriel, mal informado, llama de los coras, los cuales a la verdad no estaban en Santiago, mas empezaban algunas leguas lejos de Santiago hacia la misión de La Paz. Las pestes y las desgracias han casi extinguido la nación pericú, que al principio de este siglo constaba de tres mil almas, y al tiempo de nuestra expulsión de los dominios españoles, podía tener trescientas, las cuales hablaban el español y, por tanto, la lengua pericú se debe contar ya entre las extinguidas.²⁶

Los párrafos citados de Miguel del Barco inclinan ciertamente a pensar en la ausencia de cualquier forma de relación entre el idioma pericú y los que integraban la familia guaycura. Estos testimonios provienen de un hombre que, como hemos dicho, estuvo cerca de treinta años en California y recorrió la mayor parte de las misiones. Sobre la acuciosidad de Barco cabría recordar aquí que Francisco Xavier Clavijero —después de conocerlo ampliamente en su exilio de Bolonia— lo tuvo por persona en extremo sincera y aun escrupulosa, que jamás afirmaba algo si no le parecía tener conocimiento seguro de ello.

Un intento de limitada comparación

Con base en lo hasta aquí expuesto sólo nos resta ensayar —con todas las salvedades críticas del caso— una cierta forma de comparación entre unos pocos de los vocablos pericúes que hemos transcrito y los que conocemos, de correspondiente significación, en el guaycura, de acuerdo con los materiales que a su vez reunió Juan Jacobo Baegert. He aquí la lista de comparaciones hasta cierto punto posibles:

	Pericú	Guaycura
cielo	<i>miñicari</i>	<i>aená o rekadatembá</i>
andar	<i>uriuri</i>	<i>tepeka</i>

²⁶ Barco, *op. cit.*, p. 440.



dar
sentarse

unoa
utere

kepeken
peneka

Reconocimiento desde luego que, con los materiales al alcance, son en extremo limitadas las posibilidades de comparación, el intento parece corroborar lo afirmado por Miguel del Barco: “lengua diversa es la pericú”. Añadiremos tan sólo que, si bien desconocemos la significación de los topónimos que han podido registrarse en lengua pericú, podría tal vez intentarse su comparación, al menos desde el punto de vista fonético, con el gran caudal de nombres de lugar que de la familia guaycura se conservan en diversos documentos. Como muestra de esos topónimos guaycuras recordaremos los siguientes: Chiriyaquí, Codaraquí, Remeraquí, Anyaichirí, Aripaquí, Airapí, Tacanoparé, Udaré... Si la estructura fonémica de tales vocablos —hasta donde ella es perceptible a través de las transcripciones hechas por los misioneros— ostenta o no algún tipo de afinidad con la que tienen los topónimos pericúes (Añuiti, Aññini, Anica, Yenecamu...) es asunto cuya posible elucidación amerita estudio mucho más amplio, en el que, además, podrán tomarse en cuenta el conjunto de materiales aportados por Baegert y, en menor grado, por otras fuentes.

Más que derivar una conclusión ha sido nuestro propósito ofrecer a los especialistas los datos que hemos podido reunir para un nuevo replanteamiento del problema acerca de la lengua pericú, sus posibles relaciones, y el origen o procedencia de quienes la hablaron. Si algo tuviéramos que añadir sería en el sentido de inclinamos por las apreciaciones de Miguel del Barco que, una y otra vez, tuvo por enteramente distinto al idioma pericú con respecto a cualquiera de las formas del guaycura.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS